

***GÉNERO Y SUBJETIVIDAD: AVATARES
DE UNA RELACIÓN NO EVIDENTE.***

Gloria Bonder

En: *“Género y Epistemología: Mujeres y Disciplinas”*

Programa Interdisciplinario de Estudios de Género (PIEG),
Universidad de Chile, 1998.

Género, Cuál género?

Los estudios basados en la categoría de género han recorrido un largo camino desde las tempranas y decisivas investigaciones de Stoller(1) y Rubin(2). Surgidos a partir de la década del '60, recorrieron un trayecto epistemológico en dos sentidos simultáneos. Por una parte, se abocaron a una crítica sistemática de las nociones convencionales acerca de lo masculino y lo femenino que circulan no sólo en los discursos de sentido común, sino también en aquellos que se designan como científicos y que, de una u otra forma, han proporcionado las explicaciones que asumimos como "legítimas" y/o "verdaderas" acerca de las diferencias sexuales y sociales entre varones y mujeres.

En constante crecimiento y difusión mundial, estos análisis se han ocupado de develar y cuestionar las premisas biologistas, esencialistas y universalistas con las que se han concebido estas diferencias, así como la lógica binaria y jerárquica en las que se apoyan; de problematizar la exclusión, silenciamiento o tratamiento sesgado de la condición de la mujer en los principales cuerpos de teoría y en la información que "dice" de lo social; de explicar y proponer cambios respecto de los diversos dispositivos sociales que participan en la construcción de una jerarquía entre los géneros en la que las mujeres y lo femenino ocupan el lugar devaluado, discriminado, subordinado u omitido.

Postestructuralista y postmodernista, *avant la lettre*, la crítica feminista ha puntualizado el carácter situado del conocimiento, la parcialidad de todas las afirmaciones, la íntima relación entre saber y poder, en definitiva ha colocado a las grandes narrativas en el incómodo contexto de la política, retirándolas del "confortable dominio de la epistemología"(3). En este sentido y como dice Giroux(4) el feminismo ha sostenido, en clave de género, una pregunta fundamental frente al saber instituido: "Quién habla en esa teoría; bajo qué condiciones sociales, económicas y políticas formula ese discurso; para quién y cómo ese conocimiento circula y es usado en el marco de relaciones asimétricas de poder?".

En forma simultánea ha avanzado en la creación de nuevas categorías teóricas e instrumentos metodológicos en su intento de explicar cómo se ha constituido, a lo largo de la historia y en las diversas culturas, diferencias jerárquicas entre varones y mujeres, y cómo se reproducen y transforman. En ese contexto se inscribe la formulación de la categoría de género. Originalmente, el género fue definido en contraposición a sexo en el marco de una posición binaria (sexo y género), aludiendo la segunda a los aspectos psico-socioculturales asignados a varones y mujeres por su medio social y restringiendo el sexo a las características anatomofisiológicas que distinguen al macho y la hembra de la especie humana.

Los análisis basados en esta noción se concentraron insistentemente en explicar cómo los sujetos adquieren y actúan los roles e identidades de género. Aunque no estuviera explícito, este enfoque presuponía la existencia de una identidad personal o de un yo delimitado originario, que a través del proceso de socialización, primero en la familia, y luego en los distintos ámbitos sociales, adquiriría las capacidades, motivaciones y prescripciones propias de su identidad genérica adaptándose a las expectativas y mandatos culturales. En otros términos afirmaba que la sociedad tiene un libreto que

debe ser aprendido y que ese aprendizaje garantiza la reproducción de un orden de género sin fisuras. Como es evidente, esta concepción no tardó en ser cuestionada por su sesgo funcionalista y mecanicista. Si se tratara sólo de roles (a la manera de Parsons), podría pensarse que son complementarios, lo cual despolitiza la problemática de la desigualdad y, consecuentemente, oculta las cuestiones de poder y conflicto que atraviesan las relaciones entre mujeres y los varones. Por otra parte, esta concepción demuestra su incapacidad para explicar las variaciones entre personas pertenecientes a un mismo género, y el cambio de los discursos y prácticas en esta dimensión de lo social(5).

Otra característica central de esta primera fase fue el centramiento de los estudios de género en la interpretación y denuncia de la condición discriminada o subordinada de la mujer, negando o ignorando que en su sentido más cabal, género, alude a una relación de poder social que involucra tanto a las mujeres y lo femenino, como a los varones y lo masculino.

A la manera de los análisis sobre la clase social, la comprensión inicial de la desigualdad de género se desplegó en términos de opresión, discriminación y reproducción monótona de un orden patriarcal. A propósito de este enfoque Young(6) afirma que **la teoría de género surge como un "gran relato"**, quizás el último de la modernidad, una explicación omnicompresiva y totalizante, justificada en el deseo del feminismo de los años '70 de establecer una contrateoría respecto del marxismo, mediante la creación de una nueva categoría, la de género, con tanto peso teórico como la clase. Esta primera fase, que se ha dado en llamar de búsqueda de la "hipótesis represiva", es decir, de la explicación acabada y universal de la condición desigual de la mujer, ha producido notables trabajos que, si bien hoy son cuestionables en muchos aspectos, lograron situar con argumentos fuertes la problemática de la discriminación de la mujer en la agenda del debate político y teórico.

En poco más de dos décadas de "uso intensivo", si bien no se podría afirmar que esta noción se ha desgastado, lo cierto es que está siendo revisada a partir de posturas teóricas que cuestionan incluso las mismas premisas que le sirvieron de fundamento. Como lo señala Anderson(7): "Los fáciles eslóganes de ayer ("el género es una construcción social y cultural a partir de las diferencias sexuales"), ya no sirven de mucho". Polémicas rigurosas; posiciones distintas e incluso divergentes, dan cuenta de que el concepto se ha vuelto mucho más complejo y "movedizo".

Lejos de plantear un obstáculo, este fenómeno da cuenta de la vitalidad de la práctica teórica y de su empeño consecuente con la revisión crítica de toda forma de dogmatismo. Como decía ya hace unos cuantos años Sandra Harding(8), es necesario aceptar y aprender a ver como un recurso valioso la inestabilidad de las categorías analíticas creadas y utilizadas por la teoría feminista.

De ahí que hoy sea posible establecer, como lo plantean Linda Nicholson(9) e Iris Young(10), una **genealogía de las concepciones de género**, en la que hay fases y recorridos que demuestran la interrelación del pensamiento feminista con las corrientes teóricas dominantes en distintos momentos: funcionalismo, marxismos, diversas escuelas dentro del psicoanálisis, postestructuralismo, postmodernismos, etc. Estas genealogías son importantes para demostrar que las propias categorías analíticas elaboradas y/o utilizadas profusamente por el feminismo (género, patriarcado, división

sexual del trabajo, ámbito privado vs. ámbito público, etc.) no han escapado a la crítica, a las transformaciones de sentido, e incluso a su rechazo por la misma comunidad intelectual que se constituyó a su alrededor.

Veamos entonces cuales son las principales líneas de debate, las tensiones en torno al género que priman en los trabajos contemporáneos, que demuestran que no hay una teoría de género sino varias.

a) **la crítica al binarismo sexo/género** que sirvió para diferenciar lo supuestamente natural e inmodificable: el sexo, de lo cultural y por lo tanto modificable: el género. Al respecto, Butler(11) afirma que este binarismo es expresión de un imaginario masculino, devenido en discurso científico, en el que la naturaleza ha sido representada como un espacio vacío, inerte, "femenino", dispuesto a ser penetrado por la inscripción cultural "masculina". Este tratamiento sería parte de una práctica regulatoria que produce los cuerpos de varones y mujeres como diferentes y complementarios, que asume la heterosexualidad como la norma. En este sentido el sexo lejos de ser algo dado o presimbólico es, en su opinión, una categoría política. "El sexo no es lo que uno es sino en lo que uno se convierte". Por lo demás, este dualismo de lo biológico y lo cultural, no sería más que otra expresión de una lógica binaria que funda y legitima ordenamientos jerárquicos al oponer hombre y mujer, cuerpo y espíritu o psique, razón y emoción, etc.

b) **el cuestionamiento del supuesto de que existen solamente dos géneros:** femenino/masculino, como categorías inamovibles y universales, excluyentes una de la otra, desconociendo como dice Flax(12) que los procesos de subjetivación son intergenéricos(13).

c) **la crítica del sustancialismo hacia el que se habrían deslizado las teorías de género al construir a la mujer** e incluso al género femenino, como una categoría única, y muchas veces deshistorizada. Este fenómeno activa otras políticas de exclusión al ignorar la heterogeneidad de mujeres dentro de la categoría mujer, y fundamentalmente la diversidad existente en cada una de ellas en tanto que sujetos no unitarios sino múltiples y fragmentados, en diversas posiciones genéricas y sociales.

Esta nueva y sugerente concepción se expresa de manera radical en el influyente trabajo de Haraway(14). En su figura mítica del cyborg, esta autora nos enfrenta con una imagen transgresora de las dicotomías tradicionales masculino/femenino, humano/máquina, al proponer el cyborg como una figura híbrida, expresión de subjetividades que conviven con la evidencia de que las identidades de este fin de siglo son permanentemente parciales y contradictorias(15).

d) **el rechazo a la concepción "victimista" de la mujer** que se desprende de los primeros análisis de la opresión. En los últimos años, esta visión fue contestada por estudios dedicados a recuperar y revalorizar las experiencias y cultura femenina a lo largo de la historia, demostrando la enorme riqueza y significación social de sus vidas y labores en los ámbitos "privados" a los que fue asignada, así como también su actividad en el plano de la resistencia y transgresión de los mandatos culturales.

e) **la problematización de la visión teleológica** que, en cierto sentido, cristalizaron los análisis iniciales de la subordinación de género, según la cual no cabría pensar en la

posibilidad de los sujetos de agenciamiento y transformación de los mandatos genéricos. Cuestionado este criterio, Butler(16), revitalizando la famosa afirmación de Simone de Beauvoir acerca de que no se nace mujer sino que se hace, afirma que el género no es un constructo acabado, producto y productor de un determinismo social inexorable, aunque muchas veces nos lo parezca. Desde otro ángulo, también De Laurentis suscribe a esta crítica al modelaje diciendo "la construcción del género está también afectada por su deconstrucción... por que el género como lo real, es no sólo el efecto de la representación sino también su exceso, lo que permanece fuera del discurso como trauma, potencia, que si no se lo contiene, puede romper o desestabilizar cualquier representación. Ello coloca a la coherencia del género como una ficción y lo abre a desplazamientos de sentido"(17).

f) el progresivo giro hacia utilizar **el género como una categoría de análisis de todos los procesos y fenómenos sociales en lugar de reducirlo a una cuestión de identidades y roles**, al tiempo que viene creciendo desde el influjo de estudiosas negras, latinas o de otros grupos minoritarios, el reconocimiento de la heterogeneidad interna a la categoría y la necesidad por lo tanto de comprender las diversas formas en que se articula en cada contexto con otras posiciones sociales como etnia, clase, edad, orientación sexual, etc. En este aspecto son especialmente interesantes las contribuciones de la así llamada corriente de feminismo "postcolonial" que plantea como la subjetividad emerge de una compleja interrelación de identificaciones heterogéneas situadas en una red de diferencias desiguales. En este sentido, habría que pensar el proceso de subjetivación en términos de una trama de posiciones de sujeto, inscriptas en relaciones de fuerza en permanente juego de complicidades y resistencias. Esto es diferente a suponer que existe una identidad de género definida, unitaria, que en forma sucesiva o simultánea se articula con una identidad de clase o de raza, con las mismas características. Por lo demás, se hace necesario revisar críticamente las significaciones simbólicas e imaginarias contenidas en la noción de articulación que tanto abunda en los escritos feministas.

g) **la crítica** de la concepción de género basada en los roles sexuales que ya anticipáramos, así como también, **de la idea de que exista un sujeto o identidad personal anterior al género**. En contraste se asume la simultaneidad de la construcción sujeto género, o en otros términos, el proceso de en generización como una dimensión fundante del proceso de subjetivación.

En suma, en los últimos años el género ha dejado de ser una noción "llave" para explicar todos los procesos y fenómenos relativos a la situación social de la mujer, una contraseña inobjetable de la comunidad intelectual y política ligada al feminismo, para convertirse en el centro de una controversia que de una u otra manera va construyendo una "genealogía política de las ontologías del género", es decir, una deconstrucción de su apariencia sustantiva, iluminando los procesos de naturalización que producen ese efecto. Ello puede llevar a rechazarla de plano como ocurre en el caso de algunas autoras postmodernas como Braidotti(18) y Cornell(19). La primera plantea las limitaciones del concepto de género para explicar la formación de la subjetividad femenina y masculina, debido a su fuerte connotación sociológica y a la idea de que esta se reduce a una cuestión de roles impuesta desde la sociedad. Este enfoque simplista no toma en cuenta que la subjetividad se construye en y a través de un conjunto de relaciones con las condiciones materiales y simbólicas mediadas por el lenguaje, lo cual

requiere aceptar, entre otros aspectos, que toda relación social, incluida la de género, clase o raza, conlleva un componente imaginario.

Por ello opta por utilizar la noción de diferencia sexual con la cual afirma la centralidad de la división sexual en la formación de la cultura humana, cultura sustentada en un orden simbólico de primacía fálica que ha expulsado lo femenino, salvo como objeto fantasmático del deseo masculino. Como su posición puede ser vista como esencialista, Braidotti aclara que hablar de diferencia sexual en lugar de género tiene el sentido de evitar caer en las trampas de la lógica falocéntrica que exige de las mujeres soportar la carga de la inexistencia, la falta, o en el otro extremo, alcanzar la posición de sujeto a partir de su homologación con el varón. Otras autoras, sin ser tan radicales, plantean no obstante, la necesidad de la "implosión" de la categoría de género tal como ha sido utilizada hasta ahora, para hacer emerger las múltiples posiciones de género que se derivan de un proceso de subjetivación atravesado por relaciones de poder asimétricas, relativas a la etnicidad, raza, clase, edad, orientación sexual, entre otras(20). También hay voces(21) que, si bien comparten la crítica al sustancialismo y universalismo hacia el que se habría deslizado la noción de género, ven también con ojos críticos a quienes estarían listos por "tirar el bebé con las aguas del baño", privando así al movimiento feminista de una de sus más potentes herramientas a nivel teórico y político. En su opinión, se ha llegado a este extremo como corolario de la retracción del movimiento feminista, la "academización" de la teoría feminista y su afán de ganar prestigio intelectual en las Universidades y, consecuentemente, su separación de las vidas y sufrimientos del conjunto de mujeres.

Ahora bien, pese a sus diferencias, cualquiera de las posiciones antes esbozadas coinciden -hoy por hoy- en admitir que el género no es una propiedad de los sujetos ni es un constructo fijo y terminado, condenado a una perpetua repetición. Ello abre la fascinante posibilidad de colocarnos frente a la "cuestión de género" desde una posición diferente a como lo hicimos décadas atrás. Nos impulsa a detectar y explicar cómo los sujetos se en-generan en y a través de una red compleja de discursos, prácticas e institucionalidades, históricamente situadas, que le otorgan sentido y valor a la definición de sí mismos y de su realidad. Ello implica **abrir el interrogante acerca de qué, cómo y por qué invisten y negocian, en y a través de estos dispositivos, posiciones y sentidos singulares.**

Esta línea de pensamiento nos conduce en primer lugar, a una reflexión sobre la noción de sujeto y subjetividad tal y como está siendo tratada en los últimos años en el pensamiento filosófico, social y, en particular, en la teoría feminista. Detenernos en esta cuestión nos parece fundamental para clarificar no sólo nuestra producción teórica, sino también nuestras prácticas. Después de todo cada vez que enunciamos y realizamos alguna acción dirigida a revertir la discriminación o subordinación de las mujeres, estamos sosteniendo consciente o inadvertidamente, alguna concepción sobre el sujeto de esta acción, le asignamos determinadas características, modos de "funcionar" y suponemos, aunque pocas veces lo hagamos explícito, que será afectada/o de alguna manera particular por la intervención de la que se trate. Por lo demás y como lo señala Braidotti, la problematización sobre la mujer, lo femenino, e incluso el género, está inextricablemente vinculada a la crítica y deconstrucción del sujeto racional, universal moderno(22).

De la muerte del sujeto al anhelo de subjetividad

Las nociones de sujeto y subjetividad parecen haberse instalado, como una referencia insoslayable en gran parte de la producción feminista contemporánea. Trabajos, congresos, conferencias apelan a estas nociones, y en especial a la subjetividad, con tal insistencia, que pareciera operar como una suerte de emblema imaginario de un tan necesitado cambio de discurso que, supuestamente, esta vez sí podría decir algo nuevo respecto de viejas cavilaciones de la teoría social. Nos referimos a la recurrente tensión individuo vs. sociedad(23).

Sin embargo, es necesario comenzar destacando que estamos lejos de disponer de una definición única o inequívoca de ambos términos. Respecto de la noción de sujeto no pocas veces se lo utiliza como sinónimo de individuo, otras de yo, persona, identidad, subjetividad; cuando no de objeto de fuerzas y determinaciones históricas y sociales y/o agente o actor en estas. Sin embargo estos términos no son equivalentes y antes bien, remiten a concepciones teóricas no sólo diferentes, sino que en algunos casos directamente opuestas.

De ahí que podamos afirmar como lo señala Manuel Cruz(24) que **la cuestión del sujeto se ha constituido en un "genuino espacio de intensidad teórica"**; en el que convergen y confrontan diversos discursos tributarios de tradiciones intelectuales y disciplinarias notablemente disímiles. Así según Cruz, mientras que para los sociólogos la noción prevalente de sujeto se emparenta con la de individuo y su interés principal pasa por determinar sus rasgos característicos en cada contexto social, la preocupación de los antropólogos se centra en reconocer de que manera cada cultura adjudica a alguien su condición de persona; los éticos se sirven de la noción de identidad moral; algunos filósofos contemporáneos se ocupan preferentemente de la relación del sujeto con la conciencia de sí y el psicoanálisis, por último, devela los procesos inconscientes operantes en la constitución de la subjetividad y en su funcionamiento.

Esta afirmación podría hacer suponer que estamos en presencia de un conjunto de enfoques que iluminan diversas facetas de un mismo fenómeno, por lo que sería posible proponernos, sin mayores dificultades, integrarlas en una visión a la que se suele denominar interdisciplinaria. Lejos de ello, un análisis de la realidad teórica contemporánea da cuenta de **muy distintas y en muchos casos contradictorias representaciones del sujeto**. En un intento de tipificación de las versiones más en boga Cruz distingue entre: el sujeto escindido, (se refiere a las posiciones influidas por el discurso crítico de inspiración benjaminiana y adorniana), el inevitable (originado en el pensamiento de Nietzsche), el sujeto enunciado (influido por los desarrollos de la filosofía analítica); y el construido (de raíz sociológica e histórica, el que de alguna manera esta presente en todos los anteriores).

Lo cierto es que la teorización en torno al sujeto ha ocupado un lugar central en la historia de la filosofía moderna. Según Vilar(25) su tratamiento filosófico abarca tres grandes etapas. La primera, que va desde el Renacimiento hasta la Ilustración, está signada por la constitución de la categoría normativa del sujeto, fundada en conceptos como libertad, autonomía, responsabilidad, conciencia moral, igualdad, derechos, sentimientos, entre otros. En este período el sujeto se perfila como una unidad social autodeterminada, racional, capaz de sentido moral y de alcance universal.

La segunda etapa se iniciaría con Hegel, Marx y Freud llegando hasta Adorno, Foucault, Deleuze, Guattari y Derrida. Se caracteriza por la deconstrucción sistemática de la

noción de sujeto metafísico, autónomo racional, origen de la palabra y de la acción, para colocar en su lugar la idea de un sujeto descentrado(26) y sujetado a las condiciones sociohistóricas e inconscientes.

Este proceso que podría denominarse de **los tres descentramientos(27): el lingüístico, el psicoanalítico y el histórico social**, han proporcionado poderosas argumentaciones para justificar a quienes en los últimos tiempos anuncian o confirman la muerte del sujeto unitario, racional, universal, autodeterminado, enunciador de la verdad. A partir de la filosofía postestructuralista y postmoderna se nos incita a reconocer nuestra sujeción a una trama de discursos y dispositivos de poder, a convivir con nuestra fragilidad, contingencia e ignorancia, a "renegar de lo único y exaltar las virtudes de lo múltiple, rechazar lo universal y reemplazar la razón por lo "otro de la razón".

La idea de la existencia de una identidad singular y coherente es denunciada como una construcción ilusoria, un artificio -quizás inevitable-, en la conformación de subjetividad, una coartada frente a la incerteza.

De ahí el reemplazo que las corrientes postmodernas hacen de la pregunta filosófica fundamental "quien soy", por la de "desde dónde hablo"; es decir desde que posición de sujeto hablo y actué en determinado contexto, lo que implica haber aceptado la multiplicidad de posiciones en y desde las cuales los sujetos se conforman, y por ende sus posibles tensiones y contradicciones.

Aunque este acercamiento a la noción de sujeto parece preñar el pensamiento contemporáneo, según Vilar(28), en los últimos años también estaríamos asistiendo a una tercera etapa de "reconstrucción y rehabilitación" de la subjetividad normativa de la mano de pensadores como Rawls, Rorty y Taylor(29).

Mas allá de sus diferencias, estos intentos parecen responder a una demanda de las sociedades actuales por refundar una ética que rescate o cree un nuevo horizonte normativo superador tanto del dogmatismo como del relativismo absoluto y justificador del individualismo de las sociedades postavanzadas. Ello pareciera requerir la afirmación de alguna clase de sujeto responsable de decisiones y capaz de transformaciones, sin que ello signifique necesariamente retornar a la visión metafísica. Volveremos sobre este punto.

La cuestión de la construcción: un breve intermedio

En nuestro breve recorrido analítico en torno a la noción de sujeto hemos afirmado o supuesto, al pasar, la idea de que este sujeto es construido. Pero ¿qué entendemos por construcción?. No será este también otro de los lugares comunes del discurso teórico contemporáneo que, como afirma Valdecantos, transcurre cómodamente en medio de una "curiosa complicidad verbal semejante a la que supone quien enuncia, por ejemplo, que el poder es, naturalmente, algo pluriforme o que el significado es, sin lugar a dudas, social (o que la ciencia es, como se sabe, un producto cultural, o que la ética es, por supuesto, narrativa)(30)"

El que acordemos entonces que el sujeto sea construido no supone necesariamente que las premisas desde las cuales entendemos cómo se produce esa construcción sean compartidas. Incluso algunas autoras denuncian a la teoría feminista contemporánea de

un "abuso del construccionismo". Fuss(31), por ejemplo, alerta sobre el hecho de que en este construccionismo tan generalizado en la teoría feminista en su crítica del esencialismo biologista, se deslicen,- como en una suerte de "retorno de lo reprimido", y bajo otros disfraces -, posiciones esencialistas, obviamente ya no de carácter biologista, pero sí de naturaleza social. Se refiere a una noción sustancialista de la sociedad y la Historia, en la que no se problematiza la idea de la opresión universal de las mujeres, la diferencia hombre/mujer, y la visión de estos como objetos estables ontológicamente y coherentes en sí mismos(32).

Aparentemente, la tensión esencialismo vs. constructivismo atraviesa las luchas de todos los movimientos sociales que se fundamentan en una política de las identidades. En ese marco las posturas esencialistas pueden entenderse como momentos contestatarios, como forma de protesta ante las categorías socialmente impuestas a través de resaltar una identidad "propia" como base de resistencia y valorización (pensemos por ejemplo en el *black is beautiful* del movimiento por los derechos de los negros en USA).

Lo reiteramos, apelar a una concepción construccionista en relación a la formación del sujeto, implica enfrentarse con no pocas aristas problemáticas. Una de ellas es el hecho que en este tópico esta presente explícita o tácitamente el lugar y, si cabe, el papel que le asignamos al propio sujeto no sólo en tanto producto o "artefacto" del proceso de construcción, sino como artífice de dicho proceso.

De ahí que no podemos eludir formularnos y, dentro de lo posible, responder al menos a las siguientes preguntas:

¿Cuáles son las condiciones, factores o determinantes particulares que participan en cada contexto sociohistórico de esa construcción? ¿De qué modo condiciones sociales y simbólicas preexistentes llegan a convertirse en nuestra "naturaleza"? ¿Cómo imaginamos el "origen" del proceso de construcción del sujeto? ¿Continuamos creyendo que lo social se imprime en la tabla rasa Roussoniana? ¿Aceptamos por el contrario la existencia de un "yo artífice originario"? ¿Le adjudicamos a ese yo artífice la condición de una primera naturaleza o disponemos de otra interpretación para ese movimiento/acción constitutiva? ¿Es posible que un sujeto originariamente construido en y a través de determinadas estructuras sociales simbólicas se transforme radicalmente y sea capaz de enunciar otras verdades, otros placeres y otras relaciones de poder? Si esto fuera posible, cómo se producen esas transformaciones? ¿Cuáles son sus condiciones de posibilidad y cuáles sus límites?

Sujeto, Subjetividad, Identidad: puntualizaciones necesarias.

¿Es lo mismo el sujeto que la subjetividad? ¿Y qué la identidad?

Respecto de nuestra primera pregunta interesa la reflexión que aporta Paola Di Cori(33). En su opinión la equivalencia entre uno y otro término es errónea y cuando esto ocurre, en realidad suele encubrir por parte del autor un deslizamiento, quizás inadvertido, de la idea de sujeto a la de persona, en el sentido de la afirmación de una individualidad plena, concreta y autónoma; es decir, concebida más en términos de facultades mentales que de posiciones en una trama discursiva.

En la misma línea estaría la asimilación de la *subjetividad* con el *yo personal*. Como historiadora Di Cori cuestiona esta tendencia, observable en quienes exaltan lo autobiográfico, la propia experiencia, como una forma sustantiva de autoconciencia individual y un criterio válido y/o privilegiado para acceder a la verdad histórica. Esta idealización de la experiencia como criterio de verdad, observable en otros campos además de la investigación histórica, se sostiene en la creencia de que tal experiencia sería una suerte de receptáculo primario de sensibilidad, que habitaría por "debajo" de los condicionamientos culturales y por ello portaría una inocencia y veracidad que la torna incontrastable. En una realidad cada vez más consciente de la falta de certeza, no es raro que como dice esta autora "El pasaje: subjetividad-experiencia-verdad tenga un poder fascinante".

Al igual que la noción de sujeto, la de subjetividad está cargada de una polisemia que no es ajena a las intenciones generalmente no explicitadas de quienes la utilizan y que por lo demás impide, por el momento, formular una definición omnicompreensiva "que reúna todas las acepciones".

En algunos casos remite a una abstracción, pero en muchos otros su uso refiere a características psicológicas o emocionales de las personas; una suerte de interioridad, y/o una energía vital.

Vale la pena destacar que el término subjetividad no aparece en el Diccionario Filosófico, lo que según Ortega(34) no es sorprendente, y a su criterio tampoco necesario. "No existe una definición precisa de subjetividad y quizás tampoco debiéramos buscarla. Es una definición por hacerse, procesal y provisoria, esto es temporal, o sea tan histórica como hipotética".

Sin embargo, cuando se recurre a este concepto entendemos que, de una u otra manera, está en juego lo que Lopez Petit(35) llama **el residuo del proceso de subjetivación, es decir, la singularidad, el particular tejido de las hebras que componen cada biografía, la densidad de la vivencia del sí mismo.**

No obstante, y como venimos planteando, esta acepción de la subjetividad se distancia notablemente de cualquier asimilación con una identidad supuestamente esencial o aún definida, completa. Tampoco justifica pensarla como una interioridad recóndita, que podría emerger haciendo gala de autenticidad, y por que no pureza, si se le quitaran los velos distorsionantes que impone la cultura; lo que sin embargo parece ser una tentación muy frecuente, como se constata en muchos escritos recientes(36).

Por cierto que en todo sujeto anida un deseo de identidad, en el sentido de autoidentificación, de mismidad, de permanencia y coherencia a través del tiempo y el espacio.

"Ninguno de nosotros vive sin referenciarse a una singularidad imaginaria a la que llamamos nuestra identidad. Esa singularidad o individualidad corresponde al registro imaginario, -el conjunto de imágenes identificaciones y narrativas que aparentan consolidar una naturaleza distintiva del sujeto/ individuo. Como un "agente de bolsa" de esa formación imaginaria está el yo, cuya función es asegurar una adaptación dialéctica a las presiones de la vida social que lo han producido y a las que ayuda a producir"(37).

O como dice Rosa Montero, "Ignoro de que sustancia extraordinaria está confeccionada la identidad, pero es un tejido discontinuo que zurcimos a fuerza de voluntad y de memoria. La identidad no es más que el relato que nos hacemos de nosotros mismos"(38).

Pero una cosa es reconocer estos deseos y descifrar sus motivaciones y otra, sustancializarlo como se ve en no pocas teorías psicológicas y filosóficas, suponiendo que cada uno tiene una identidad, y aún más, afirmar que uno es eso que dice ser y no otra cosa. O que en nombre de una identidad universal, logofalocéntrica como diría Derrida(39), o etnocéntrica o feministocéntrica, se imponga compasivamente un modelo único de vivir, pensar y sentir.

De ahí que, en contraste con estas concepciones, algunos análisis postmodernos sugieran la opción por la des-identidad o como propone Nelly Richard la "disidencia de identidad en el sentido del cuestionamiento de la cultura masculina paterna por la subjetividad fluida y no codificada de lo femenino"(40).

Para otros autores como Ortega no es necesario renunciar a la identidad (se refiere en este caso a las identidades colectivas y en especial a la identidad latinoamericana) pero sí subvertir su codificación autoritaria, las imágenes unívocas de nación y ciudadanía, sin aceptar tampoco caer en el relativismo extremo.

Este último planteo, es afín a algunas corrientes actuales dentro de la teoría feminista, quienes ven con cierta sospecha que la filosofía y la teoría social declaren la muerte del sujeto y la renuncia a toda forma de identidad, precisamente en el momento en que sectores objetificados y silenciados durante siglos, como las mujeres, emergen en el escenario social reclamando su palabra y actuando como sujetos políticos.

Eisenstein(41), por ejemplo, desconfía de que la "muerte del sujeto unificado surja justo en el momento en que las feministas estaban decidiendo que el sujeto humano podía ser femenino". De manera irónica acusa a los varones intelectuales europeos de anunciar la muerte de la libertad, la igualdad y la verdad justo en el momento en que "el resto del mundo -los grupos previamente excluidos- dicen: esperen, queremos algo de eso".

En sentido similar, Amorós(42) nos invita a adherir al saludable cuestionamiento de la "hipertrofia megalómana y los delirios partenogénicos del sujeto moderno, su pretensión de ser el amo y señor de la significación, el paladín de la razón, pero también nos incita a estar alerta y recelar de la *liason dangereuse* del feminismo y la postmodernidad que convierte al sujeto en un simple juguete de un orden lingüístico(43), o lo recuperan reificándolo en la exaltación de su supuesto sustrato subjetivo genuino, rodeado de espiritualidad como hacen las italianas discípulas de Luce Irigaray. En su opinión, que comparte con Benhabib(44), el feminismo presupone un sujeto "mínimo" como condición para su proyecto emancipatorio y las acciones de transformación que de este se desprenden y este sujeto no puede sino basarse en los valores de autonomía, reflexión y crítica, responsabilidad y reciprocidad.

Un sujeto en fin, capaz de "interrumpir la cadena del significado constituida, tomando distancia crítica y alterándola creativamente".

En todo caso, hay que convenir que estas controversias en torno al sujeto y en especial sobre las características deseadas y rechazadas, actuales o potenciales del sujeto femenino y feminista se despliega una riquísima producción de ideas que mantienen vibrante el debate teórico. En ese marco, y como ya venimos anticipando, algunos grupos de intelectuales optan, -por convicción teórica y/o táctica política-, por afirmar y revalorizan la especificidad de las vivencias y experiencias de las mujeres, su diferencia radical de la identidad y cultura masculina, su identidad colectiva como mujeres. Otras(45), por el contrario, insisten en denunciar la alienación de la experiencia femenina en los espejos patriarcales, y preservar como meta emancipatoria la búsqueda de la igualdad social como condición necesaria para el surgimiento de una nueva diferencia.

Como este es el punto central en la argumentación que venimos haciendo queremos dejar planteado que, en nuestro criterio, una cosa es la lucha política para reivindicar una identidad negada, o en otras palabras asumir una **política de la identidad**, y otra cosa es que, en ese gesto se renuncie a deconstruir la propia noción de identidad que moviliza esa acción, lo cual corre el riesgo de establecer nuevos dogmatismos esencialistas(46).

Sobre este punto es muy interesante la advertencia que hace Braidotti(47) sobre la propuesta utópica de algunas corrientes del "feminismo de la diferencia" cuando reivindican la afirmación de "lo específicamente femenino" como la posibilidad de hacer emerger un nuevo régimen de verdad, sin cuestionar la relación de poder en la que este se ha constituido como tal. Al respecto considera que esta utopía es sumamente peligrosa políticamente e incorrecta teóricamente. Representa a la Mujer como LA clase revolucionaria auténtica y crea una ilusión de dominio y transparencia de la subjetividad inadmisibles.

En todo caso, la lucha de las mujeres por la "autodesignación", por la autonomía, pareciera necesitar, al menos en estos tiempos, de una estrategia compleja; por un lado la crítica a las nociones tradicionales y masculinas del sujeto en su versión moderna, ya que desde esa noción ellas han sido definidas, como ya lo decía Simone de Beauvoir como el Otro; junto con el develamiento y cambio de valor de algunos rasgos construidos como específicamente femeninas que han sido ignoradas o devaluadas en la cultura patriarcal; pero también la deconstrucción de todo esencialismo, sin que ello las haga caer en un descentramiento tan radical que lleve a la impotencia y el individualismo(48).

Estamos hablando de una estrategia política que intenta evadir algunas opciones dilemáticas que caracterizan el debate feminista contemporáneo y, en este sentido, nos sentimos cerca de la línea ecléctica y pragmática que sugiere Nancy Fraser(49) como un acto de rebeldía y afirmación de autonomía *vis à vis* la "monogamia" teórica de muchas autoras contemporáneas y en paralelo como un poderoso recordatorio de la necesidad de vincular la teoría con las necesidades prácticas y estratégicas de las mujeres en cada contexto y momento.

Ahora bien, este somero recorrido problematizador de algunas nociones que usamos cotidianamente, -y que aquí abordamos no por una mera inquietud enciclopedista sino fundamentalmente por sus implicancias para las prácticas sociales y políticas-, haremos

mención por último a otro problema, que en realidad atraviesa toda la reflexión en torno al sujeto.

Nos referimos a una pregunta fundamental: **cómo un sujeto construido puede transformarse, reconstruirse?**

Según muchas de las posiciones que hemos esbozado, y en especial aquellas que se sustentan en un constructivismo radical, sólo podríamos concebir al sujeto como sujetado a una forma particular de dominación, a una ideología o a uno o varios dispositivos de poder. Así pensado queda reducido a la pasividad, a la repetición de un destino, sino ya de designio divino, sí pensado/armado por otros.

Llevando a un extremo esta argumentación se podría concluir que el "ser humano estando cautivo en la trabas de la sujeción o atravesado por las formaciones sociales en las que habita, no es nunca enteramente un sujeto".

Y sin embargo la historia nos demuestra que **los sujetos resisten, resignifican y crean nuevas representaciones y prácticas sociales vis á vis los diferentes órdenes discursivos y dispositivos institucionales que a su vez los han constituido**. Las ideas de Hollway(50) al respecto nos resultan particularmente interesantes. Ella sostiene que en cada época histórica se ofrece a los sujetos una gama reducida, pero gama al fin, de discursos y posiciones de género en cada discurso, por consiguiente los sujetos invisten libidinalmente determinadas opciones, siendo este acto de investimento una expresión de su "libertad" personal. Ello explicaría la diversidad de estilos de vida femeninos y masculinos en cada contexto histórico, así como ciertas condiciones subjetivas para la transformación de prescripciones y estereotipos.

También Teresa de Lauretis(51) rescata el hecho de que la subjetividad se en- genera (*engender* en inglés) por un "compromiso subjetivo" con determinadas representaciones ofrecidas por una matriz de discursos, hábitos y prácticas.

Todo ello implicaría aceptar que es consustancial a la construcción de las subjetividades, la existencia de líneas de fuga respecto de la docilidad a los modelos imperantes; que como diría Guattari, estamos atravesados por flujos deseantes, semióticos, materiales y sociales. Somos sujetos y sujetados; lo que nos devuelve una cuota de libertad y también en consecuencia de responsabilidad. También el pensarnos como un conjunto heterogéneo de posiciones de sujeto que en ciertas circunstancias "armonizan", en otras cristalizan y en otras se colocan en tensión, nos permite explicar el "agenciamiento" sin necesidad de apelar a una metafísica del voluntarismo, ni recrear la idea de un sujeto histórico teleológicamente designado. Aunque si nos habilita a reconocerle su capacidad de devenir en actor/actora "político ético" en determinados contextos y situaciones.

Pensarnos de esta manera supone una invitación o una obligación a actuar reconociendo la imposibilidad de estar fuera de las relaciones de poder; pero aceptando también que las reglas del juego pueden ser cambiadas mientras se juega con ellas, aunque el juego pueda estar a favor de algunos jugadores y en contra de otros(52).

Entonces hacia donde "jugar" desde el feminismo en este fin de siglo, con que reglas y contra que reglas?

Del anhelo de subjetividad y sus posibles respuestas.

Refiriéndose a las tensiones y nuevas demandas que atraviesan el malestar en la cultura de este fin de siglo, Birules(53) destaca la emergencia de un "anhelo de subjetividad".

Con ello se refiere al ansia de quienes vivimos en esta época inmersos en el vértigo de lo efímero y retraídos o acorralados en el "yo plano" del individualismo narcisista, por "hacerse de una trama nueva de experiencias que nos ofrezca la posibilidad de conservar y de innovar; una necesidad de reconocerse en y a través de la memoria para poder articular nuestro presente y ordenar nuestro hacer y padecer".

Ello justifica, a su criterio, que en plena época postmoderna necesitemos hablar de un tiempo de subjetividad. Con esta afirmación se subraya la necesidad de incursionar, desde el pensamiento filosófico y también desde las prácticas sociales, en la búsqueda de nuevas respuestas a problemáticas que siguen vigentes en la sociedad postmoderna. Tales son la búsqueda de la verdad (y no la universal pero si alguna forma de verdad que permita eludir el riesgo nihilista del relativismo extremo); el desarrollo de una posición ética en torno a las diferencias sociales que haga posible dar fundamento a términos como solidaridad y responsabilidad; y la conformación del sentimiento de identidad.

Respecto de este último concepto su posición es inequívoca "Ya no es posible pensar la identidad del yo como algo meramente dado o constituido como resultado de las "supuestas continuidades del sistema de acción individual. La identidad nunca debe concebirse como punto de partida, sino como la siempre renovada capacidad de referirse a sí mismo o a sí misma y al propio actuar en el mundo".

En este sentido, afirma el carácter ilusorio de la identidad entendida como interioridad para vincularla íntimamente con la relación del sujeto con el tiempo y en especial con el "duro deseo de durar" como afirma Paul Eluard.

Visto desde otro ángulo, este anhelo de subjetividad puede leerse como una reacción a las profundas transformaciones de las identidades colectivas (nacionales o sectoriales), la ruptura de las fronteras políticas, el surgimiento de nuevos sujetos sociales y nuevos conglomerados supranacionales que han socavado los emblemas identitarios tradicionales, colocando a las sociedades actuales ante alternativas dramáticas. Crear o recrear, desde la nostalgia y/o el furor identidades sectarias, como se ve en el resurgimiento de los fundamentalismos; o aprender a revertir la tentación de afirmar el "uno" bajo el modo de la exclusión del otro, reconociendo en el sentimiento de identidad, como dice Mouffe(54), la multiplicidad de elementos que lo constituyen, así como su contingencia e interdependencia.

Lo que estamos señalando es que desde distintos enfoques y disciplinas, en nombre de la subjetividad, se advierte una preocupación de los/as intelectuales por comprender y proponer alternativas al malestar que aqueja al sujeto de fin de siglo. Profundamente inquietante, en gran medida inesperado, e inasible con nuestras categorías habituales de desciframiento de la realidad, excede como dice Bleichmar(55) la "cuota" de malestar en la cultura que toda sociedad debe aceptar en razón de las renunciaciones pulsionales que hacen posible la convivencia con otros seres humanos. Se trataría, en todo caso, como ya lo adelantaba Marcuse, de una suerte de "sobremalestar o malestar sobrante" efecto

de relaciones de poder injustas que obliga a resignar aspectos fundamentales de la existencia.

En este sentido, es indudable que la vivencia de malestar social, que hoy en día parece extenderse como mancha de aceite, guarda una estrecha relación con las devastadoras restricciones en las oportunidades sociales impuestas por el modelo económico hegemónico. Sin embargo sus amargo sabor alude también a otras fuentes; fluye de la incapacidad de los sujetos de sostener un proyecto trascendente, condición esta fundamental para "soportar la prima de malestar que cada época impone,...esperanza de remediar los males presentes, la ilusión de una vida plena cuyo borde movable se corre constantemente, los que posibilita que el camino a recorrer encuentra un modo de justificar su recorrido"(56).

Ante la impotencia de perfilar futuros posibles y estar compelidos por el vértigo de las mutaciones culturales a descreer de modelos y valores del pasado, a los sujetos de este fin de siglo aparentemente solo les quedaría el refugio en las estrategias de supervivencia; a someterse a la tiranía del presente continuo, idealizar el pragmatismo y asumir un temple paranoide frente a cualquier forma de esperanza, ilusión y entrega a ideales o metas colectivas(57).

Y sin embargo...cómo entender esta recurrente apelación a la subjetividad sino como un "algo" que bulle entre los intersticios de nuevas ideologías que, como dice Bleichmar, hoy nos trapean con el carácter irreversible de un futuro deplorable, cuando antes lo hacían con la idea de un futuro promisorio.

Y que es lo que bulle? Tenemos la impresión que en este anhelo de subjetividad conviven en tensión la nostalgia de la vivencia de la ilusión, que busca reencarnarse en ideales tranquilizadores de viejo cuño; y también la experimentación de otros modos de percibir, sentir y expresar la subjetividad y vivir las relaciones intersubjetivas, que en este fin de siglo quizás pueda hacer posible cumplir una deuda civilizatoria pendiente: **la construcción de diferencias no jerárquicas** .

En efecto en algunos planteamientos, tanto teóricos como políticos actuales, se atisba la aparentemente inagotable pretensión narcisista de restituirnos en una unidad imaginaria que unifique pulsiones antagónicas, deseos erráticos, contradicciones y contrariedades; es decir encontrar un refugio en una imagen completa y acabada de nosotros mismos, sin conflictos ni fisuras, un supuesto pasaporte garantizado hacia una vía de acceso sin obstáculos a la felicidad.

En algunos discursos religiosos y en ciertas ofertas de la cultura *new age*, resuenan estas promesas seductoras. También nos parece reconocerlas en algunas posturas feministas actuales que, en nuestra opinión suturan el malestar femenino de un fin de siglo turbulento y plagado de desencantos, con versiones sofisticadas de paraísos "olvidados" (como la recreación de un supuesto orden simbólico con la madre como estrategia de resignificación de una identidad femenina plena, cuya recuperación o creación? brindaría a las mujeres la anhelada felicidad de "ser una misma"). Nos referimos en particular a las corrientes italianas de la Librería delle Donne, influidas por el pensamiento de Luce Irigaray(58).

Pero también es posible advertir el surgimiento de búsquedas estéticas y de prácticas micropolíticas vertebradas en torno a la experimentación de nuevas formas de relación con la alteridad, la ética, el saber y la memoria. Nos referimos por ejemplo a realizaciones en el plano literario, fílmico, teórico y educativo(59) que incursionan en el camino de la experimentación de formas de autorepresentación que intentan romper de manera radical las categorías de género hegemónicas, yendo más allá de la denuncia de la opresión para propiciar y celebrar la explosión de modos de subjetividad atascadas o congeladas durante siglos del reinado de lo Uno.

Estos recorridos necesitan construir, aceptar, disfrutar de una noción de subjetividad mucho más fluida, más permeable a la "escucha" de las diversas voces que nos han interpelado en el pasado y las que lo hacen hoy ; una subjetividad menos iracunda o aterrada respecto de su paradójica condición de "ser" una trama de posiciones y referencias en transición permanente. Esto no debería confundirse con una apelación voluntarista a desarrollar la remanida "aceptación de la diversidad o del cambio", que, por lo común, termina expresándose en una tolerancia condescendiente del "otro" (por supuesto externo a mí) y en un "aguantar" la velocidad e incontrolabilidad del cambio, a condición de conservar imaginariamente la expectativa de un puerto seguro y constante adonde llegar. Tampoco se trata de reivindicar una fiesta contracultural que necesariamente termina siendo elitista, y por que no, funcional al orden vigente.

Creemos que el desafío es generar experiencias políticas, educativas, que contribuyan a lo que planteaba lúcidamente Connolly(60) "convertir un antagonismo de identidad en un agonismo de diferencia" desactivando el potencial de violencia que está inscripto en toda construcción de un nosotros/ellos".

Desde donde hacerlo? En esa línea algunas respuestas, al menos en el plano simbólico, la encontramos en lo que Mouffe(61) llama "identidades nómades" y Braidotti(62) "sujetos nómádcos", es decir en un visión, quizás sería mejor hablar de una apuesta ,tanto en el plano teórico como político a la emergencia de una nueva subjetividad resultante y garante de procesos permanentes de desterritorialización de las codificaciones patriarcales , racistas, capitalistas, etc. ; una subjetividad de fronteras porosas en relación a la alteridad , que al abrirse a las diferencias que la han conformado se singulariza a través de procesos de mestizaje cultural(63).

Desde ahí estamos pensando en la importancia de imaginar y experimentar situaciones, encuentros, prácticas que inciten a los-as **sujetos a extrañarse de lo que viven como más propio o singular y a familiarizarse con lo que sienten más ajeno. Este proceso llevará a reterritorializar la historia, la cultura, el imaginario, en claves que hablen de coaliciones de identidades - ni universales ni particulares-; de flujos , laberintos y marañas de identificaciones, de múltiples asimilaciones y reinterpretaciones; de la transicionalidad de la experiencia, tanto en su dimensión de temporalidad como de espacialidad (objetiva, subjetiva)(64).**

En otros términos, nos planteamos la necesidad de inventar espacios de experiencia que puedan hacer carne lo que Alfredo Bryce Echeñique propone en el plano del lenguaje: cambiar el yo por el y/o para significar que el yo opera como este y aquel, o como este o aquel; reinterpretando los signos y rituales que insisten en confinarnos a una identidad de "archivo".

Ello implica asumir como responsabilidad política el hábito del distanciamiento, objetivación y problematización de la cadena de significados cristalizados, incluyendo aquellos que vamos construyendo desde la propia práctica feminista; mantener la "chispa" de la subversión creativa de las definiciones y normatizaciones de género, pero también la aceptación del carácter siempre tentativo de toda normativación incluso la más "progresista", y finalmente la afirmación de una **ética de la esperanza** como condición indispensable para relaciones intersubjetivas sustentadas en la solidaridad, el interjuego de la diversidad y la unidad en la acción.

NOTAS

*Directora Posgrado Interdisciplinario de Estudios de la Mujer. Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Argentina.

Directora PRIGEPP, FLACSO Argentina.

(1) Stoller, Robert: "Overview: The Impact of New Advances in Sex Research on Psychoanalytic Theory" en *American Journal of Psychiatry*, 1973.

(2) Rubin, Gayle: "The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex" en Rayna Reiter (Ed): *Towards an Anthropology of Women*, New York, 1975.

(3) Tadeuz da Silva Tomaz: "El proyecto educacional moderno: identidad terminal?" en *Propuesta Educativa* No 13 FLACSO, Mino y Dávila Ed., Buenos Aires, 1995.

(4) Giroux, Henry: *Border Crossings. Cultural Workers and the Politics of Education*, Routledge, London, 1992.

(5) Dentro de este esquema, la teoría de la socialización (primaria y secundaria) ofrecía la explicación para comprender la internalización en los sujetos de los modelos y valores de género. Términos como condicionamiento, modelaje, instrucción, aprendizaje de roles, servían para demostrar como la identidad de género debía corresponderse necesariamente a las expectativas sociales. Se suponía también que la familia, la escuela, el grupo de pares y los medios de comunicación actuaban en base a una suerte de *guión* predeterminado y consensuado que incidía directamente y sin transformaciones en las personas. Los límites de este enfoque son evidentes: ni los sujetos, ni las instituciones operan con esa coherencia, determinación y simpleza.

(6) Young, Iris M.: *Justice and the Politics of Difference*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1990; "Vida política y de diferencias de grupo: una crítica del ideal de ciudadanía universal" en Carme Castells (comp.): *Perspectiva feminista en teoría política*, Paidós, Barcelona, 1996.

(7) Anderson, Jeanine: "Propuestas para la formación en Género y Desarrollo dirigida a ONG's Latinoamericanas", Documento de trabajo presentado a REPEM/CEAAL, 1996.

(8) Harding, Sandra: "Feminism, Science and the Anti-Enlightenment Critiques", en Nicholson, L. (Ed.), *Feminism/Postmodernism*, Routledge, New York, 1990.

(9) Nicholson, L.(Ed): *Feminism/Postmodernism*, Routledge, New York, 1990.

- (10) Young, I.: *op. cit.*
- (11) Butler Judith: *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*, Routledge, 1990.
- (12) Flax, Jane: *Thinking Fragments*, The University of California Press, California, 1991; "The end of Innocence" en *Feminists Theorize the Political*, New York, Routledge, 1992.
- (13) Se estudian afanosamente sistemas de terceros y cuartos géneros. Cfr. Herdt, Gilbert (comp): *Third Sex, Third Gender: Beyond Sexual Dimorphism in Culture and History*, Zone Books, 1994.
- (14) Haraway, D.: "A Manifiesto for Cyborgs: Science, technology and socialist feminism in the 1980's" en Nicholson, L.(Ed): *op. cit.*
- (15) Cfr. la propuesta de Haraway en torno a la necesidad de erradicar el impasse creado por los dualismos como masculino/femenino, natural/artificial y vivir "identidades trasgresivas, fluctuantes".
- (16) Butler, J.: *op. cit.*
- (17) De Laurentis, Teresa: *Technologies of Gender*, Indiana University Press, Bloomington, 1987.
- (18) Braidotti, R.: *Nomadic Subjects. Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*, Columbia University Press, New York, 1994.
- (19) Cornell, Druscilla y Fraser, Nancy: *Feminist Contentions*, Routledge, New York y Londres, 1995
- (20) Cfr. Correa Nydza, Et Al: "Las mujeres son, son, son...Implosión y recomposición de la categoría" en Figueroa-Sarriera, Heidi (Ed): *Más allá de la bella (in) diferencia. Revisión post-feminista y otras escrituras posibles*, Publicaciones Puertorriqueñas, Rep. Dominicana, 1994.
- (21) Oackley Ann: "Science, Gender and Women's Liberation: an argument against postmodernism" en *Women's Studies International Forum*, Vol 21, No 2, 1998.
- (22) Braidotti, Rosi: *Patterns of Dissonance*, Polity Press, UK, 1991.
- (23) Desde otro ángulo De Brassi sugiere que la "popularidad" de la noción de subjetividad en particular en los ámbitos "psi", tiene que ver con la necesidad de posicionar y discriminar una noción diferente de sujeto, de la concepción tradicional del psiquismo "que es donde el "psicologismo" lo recluyó y el psicoanálisis, con su formulación inédita de inconsciente intentó excarcelar. Sin embargo, según este autor, en este forcejeo entre psicologismo y psicoanálisis, no impidió que la mayoría de las formas de institucionalización de este último hayan construido sólidas jaulas de oro de la subjetividad.

(24) Cruz, Manuel (comp): *Tiempo de Subjetividad*, Editorial Paidós, Barcelona, 1996.

(25) Vilar Gerard : "La Identidad y la Práctica. Concepciones del sujeto en la filosofía práctica moderna y contemporánea", en Cruz, M. (comp): *op. cit.*, 1996.

(26) Vilar alude a 3 modos de descentramiento del sujeto: el lingüístico como consecuencia de la importancia asignada al lenguaje en la formación de las subjetividades, el psicológico derivado del descubrimiento del inconsciente, y el sociohistórico al poner de relieve la condición social e histórica de la existencia humana. Cfr. *Ibid.*

(27) Vilar añade un cuarto descentramiento; el estético hermenéutico emprendido por Nietzsche y continuado por Foucault, en el que está en juego el yo moral universal. Cfr. *Ibid.*

(28) *Ibid.*

(29) Ortega caracteriza esta fase con la afirmación "la muerte del sujeto ha muerto". Cfr. Ortega, Julio: "La identidad revisitada" en *Revista de Crítica Cultural*, No 11, Chile, 1995.

(30) Valdecantos, Antonio: "El sujeto construido" en Cruz, M.: *op. cit.*, 1996.

(31) Fuss, Diana: *Essentially Speaking Feminism , Nature and Difference*, Routledge, London, 1990.

(32) Por cierto el esencialismo también se expresa en algunas corrientes de teoría feminista especialmente francesa, (Cfr. Annie Leclerc: *Parole de femme*, Grasset, París, 1974), que postulan la existencia de una femineidad original pura y reprimida por el orden patriarcal que podría articular su voz en condiciones particulares.

(33) Di Cori, Paola: "Edipo y Clío. Algunas consideraciones sobre subjetividad e historia" en *Mora* No 1, Facultad de Filosofía y Letras, UBA, 1996.

(34) Ortega, J. , *op. cit.*

(35) López Petit, Santiago: "El sujeto imposible" en Cruz, M.: *op. cit.*, 1996.

(36) El supuesto de la existencia de una interioridad femenina pre o extra simbólica (y por ende social), que cual fuente de liberación y placer podría brotar emancipando a las mujeres de sus ataduras patriarcales, está presente en muchos de los trabajos del así llamado "feminismo de la diferencia".(Cfr. Luce Irigaray: *This Sex Which is not One*, Cornell University Press, New York, 1985; Helene Cixous: "The laugh of the Medusa" en Marks & Courtibron Eds., 1981.)

(37) Smith, Paul: *Discerning the Subject*, University of Minnesota Press, USA, 1988.

(38) Montero, Rosa: *La hija del caníbal*, Espasa Calpe, España, 1997.

(39) Derrida, Jacques: *The Post Card: From Socrates to Freud and Beyond*, University of Chicago Press, Chicago, 1987; *Margins of Philosophy*, The University of Chicago Press, Chicago, 1982.

(40) Richard, Nelly: *Masculino/Femenino: prácticas de la diferencia y cultura democrática*, Francisco Zegers, Chile, 1992.

(41) Einsestein, Hester: *Practising Feminism on Two Continents*, Allen and Unwin, Australia, 1991.

(42) Amorós, Celia: *Tiempo de feminismo. Sobre feminismo, proyecto ilustrado y postmodernidad*, Ediciones Cátedra Universidad de Valencia, Instituto de la Mujer, 1997.

(43) Dice Amorós que la postmodernidad ha convertido al sujeto-chamán de la modernidad en sujeto-poseso, "función o efecto de fuerzas impersonales que inducen en el una conciencia ilusoria de ejercer un papel rector cuando en realidad no hace sino estar sujeto a regímenes que lo constituyen". Cfr. *op. cit.*

(44) Benhabib, Seyla: "Epistemologies of *Postmodernism*", en Nicholson, L., *op. cit.*

(45) Amorós sería una representante evidente de esta concepción.

(46) Esta distinción está presente en un interesantísimo trabajo de Lidia Cirillo *Meglio Orfane. Pere una critica feminista del pensiero della differenza*", Nuove Edizione Internazionali, Milàn, 1993. Ella afirma que sólo cuando las identidades están ligadas a un proyecto emancipatorio, es decir a una lucha política, no se ontologizan ni se reifican, sino que son funcionales a la propia lucha en cuyo proceso se transforman y redefinen.

(47) Braidotti R.: *op. cit.*, 1991.

(48) El riesgo de que los enfoques postmodernos crecientemente influyentes en la teoría feminista lleven a la atomización, la desmovilización política y, en definitiva, la retracción del movimiento feminista ya ha sido planteado por muchas autoras (Young: *op. cit.*; Segal Lynne: 1987; Riley Denise: "Am I that name? Feminism and the categorie of women in History, Mc Millian, London, 1988). Esta última contestando a la afirmación de Lacan sobre que la Mujer no existe, ha argumentado que aunque la Mujer no exista, debemos en la práctica comportarnos como si lo hiciera.

(49) Fraser, Nancy: *Unruly Practices: power, discours and gender in contemporary theory*, University of Minnesota Press and Political Press, 1989.

(50) Hollway, Wendy: *Changing the subject: Psychology, social regulation and subjectivity*, London Methurn, 1984.

(51) De Lauretis, T.: *op. cit.*

(52) En términos de Derrida, esta confrontación entre sujeción al poder y transformación se libra entre "la subjetividad

crítica" y la "subjetividad funcionaria o institucional". Otro autor que aporta enfoques sugerentes en este aspecto es sin dudas Giroux al afirmar que "el poder no es unidimensional; se ejerce no sólo como un modo de dominación, sino también como un acto de resistencia o incluso como una expresión creativa cultural o social". Cfr. Giroux, Henry: *Theory and Resistance in Education: A pedagogy for Opposition*, 1983.

(53) Birulés, Fina: "Del sujeto a la subjetividad" en Cruz, M.: *op. cit.*, 1996.

(54) Mouffe, Chantal: "Por una política de la identidad nómada" en *Debate Feminista*, México, Año VII, Vol 14, 1996

(55) Bleichmar, Silvia: "Acerca del malestar sobrante" en *Topia*, Año 7, Nro. 21, Buenos Aires, 1998.

(56) *Ibid.*

(57) Piera Aulagnier nos advertía en *Los Destinos del Placer* de las consecuencias patológicas de la incapacidad del Yo de formular un proyecto identificador que concierne su futuro.

(58) Milan Women's Bookstore Colective, *Introduction to sexual difference: a theory of social-symbolic practice, ed.*, Bloomington, 1990..

(59) Estamos pensando en las experiencias pedagógicas de atravesamiento de los bordes propuestas por Giroux Henry y en investigadoras feministas como Valerie Walkerdine, Patti Lather.

(60) Connolly, William: *Identity/Difference*, Ithaca, Cornell University Press, London, 1991.

(61) Mouffe, Ch.: *op. cit.*

(62) Braidotti, R.: *Nomadic Subjects. Embodiment and Sexual Difference in Contemporary Feminist Theory*, Columbia University Press, New York, 1994.

(63) Ello significa tener en cuenta que el camino de autoidentificación del sujeto es autoreflexivo: una imagen, como había previsto Lacan, formada en los espejos, un "producto" de un proceso de interlocución en el espejo del habla, según el cual el yo al anunciarse, se descubre en otro. Afirmer una identidad implica, pues, posicionarse en relación al otro o a los otros, los que no son tanto portadores de otra identidad sino la pregunta por la nuestra. El "problema" es que en la cultura occidental esta configuración se establece en términos binarios y jerárquicos (algunos, los varones, los blancos, los ricos, ocupan los lugares "top" en esta lógica identitaria). Problematizar esta lógica debiera ser una dimensión vertebral del proceso educativo.

(64) Sobre este punto es particularmente sugerente la teorización que hace Donald Winnicott sobre la existencia de una fase transicional en la experiencia subjetiva. La fase transicional caracterizada por la no diferenciación de sujeto y objeto, exterior e interior, remite tanto a los momentos de formación primaria del self como a "el lugar de la ilusión, del juego, de la creación cultural".

